

COMO SE ELIGE UN P

PARA que Giuseppe Saragat, socialista moderado —muy moderado—, fuese elegido Presidente de la República de Italia, fueron necesarios quince días de debates y deliberaciones y veintidós turnos de votación del Parlamento. Estos hechos han sido considerados, con rara unanimidad, como un escándalo político y como una muestra de que las instituciones democráticas funcionan mal. En general, puede decirse que estas voces escandalizadas son las mismas que se horrorizaron cuando en un abrir y cerrar de ojos la Unión Soviética hizo desaparecer a Kruschef para colocar en sus puestos apenas vacantes a Kossyguin y a Breznev. Una elección les ha parecido demasiado lenta; la otra, demasiado rápida. Para estos críticos del mundo occidental parece que la cuestión del tiempo que se tarda en elegir un Jefe de Estado o un jefe de Gobierno es algo primordial. Sin embargo, su espíritu negativo no se detiene ahí, en el factor tiempo. Es fácil encontrarles criticando la elección de Wilson en Gran Bretaña, porque el número de escaños obtenidos por su partido es demasiado escaso y no parece representar la voluntad unánime de la nación; y al Presidente Johnson porque es un fruto de la casualidad, del azar, de las circunstancias: sin los balazos de Dallas habría terminado su vida perfectamente ignorado, sin que el pueblo americano hubiera tenido ocasión de apreciar sus supuestas virtudes que ahora aclama (la revista «Time» le ha proclamado «el hombre del año», mientras su imitadora francesa, «L'Express», ha tenido la mala fortuna de elegir a Mao Tse Tung en un momento en que se rumorea que va a ser sustituido). Los editoriales de cada día nos demuestran que los «hombres fundamentales» de nuestro tiempo surgen por casualidad, por embrollos, por escándalos, por conjuras o por indiferencia pública. El hecho de que precisamente estos nombres criticados representen, cada uno dentro de su matiz y del contexto de la política de su país, una apertura hacia el progresismo, un giro que podríamos considerar como «a la izquierda», debe tener, sin duda, una relación bastante considerable con las críticas emitidas. Es muy probable que si el Parlamento italiano hubiese

terminado por elegir a Leone, que está en el ala derecha de la democracia cristiana, las críticas al procedimiento, las invocaciones al «imbroglio», hubieran sido bastante menores. Si el elegido hubiera sido Nenni —y estuvo a punto de suceder—, que dentro del socialismo representa una corriente de frente popular, los gritos no habrían cesado aún de oírse. Como Saragat es conocido por su anticomunismo —aunque en este caso haya sido elegido gracias a los votos comunistas—; como el momento estelar de su vida fue la rotura del partido socialista por su discordia con Nenni; como se ha apresurado a manifestar su adhesión a los Ideales católicos de Italia para lavarse del laicismo de que se le acusaba; como es, en fin, un hombre moderado, el escándalo ha sido, también, moderado.

Pero es posible preguntarse si honestamente pueden considerarse quince días de deliberación y veintiuna votaciones como excesivas para la elección de un Jefe de Estado. Muchas veces la sustitución de un simple jefe de empresa, o de un jefe de taller, o de un buen contable, requiere más tiempo. A una familia a la cual se le muere el médico de cabecera tarda más de quince días en encontrar alguien idóneo en quien depositar la confianza y la salud de sus miembros. ¿Puede, honestamente, criticarse a un Parlamento que necesita quince días para elegir a un Presidente de la República? No resulta fácil aludir a este ejemplo para decir que «las instituciones democráticas funcionan mal», como escribe el «Journal de Genève» (30 de diciembre), cuando al final de estos debates se encuentra para el primer puesto de la nación a un hombre que cuenta al mismo tiempo con los votos de los comunistas y con los elogios de la Iglesia («Giuseppe Saragat es digno de la alta misión de dirigente y de moderador»: «Osservatore Romano», 29 de diciembre). Sería más justo escribir que las instituciones democráticas funcionan admirablemente, puesto que del «imbroglio» parlamentario se ha podido sacar un hombre «al que siempre han inspirado ideales de libertad y de justicia» (sigo citando el «Osservatore Romano», órgano oficial del Vaticano).

Tras veintiuna votaciones, Italia encontró en Giuseppe Saragat su nuevo Presidente de la República. El demócrata-cristiano Aldo Moro felicita al ya Jefe del Estado.



RESIDENTE

ESTA situación tiene un antecedente histórico: la elección del Presidente Coty, en Francia, a finales de 1953. Fui testigo de aquella operación en el palacio de Versalles, convertido en sede provisional del Parlamento francés (reunión de la Cámara de Diputados y del Senado). La dimisión del Presidente Auriol creó un problema de sucesión. Normalmente, en Francia la elección de Presidente de la República —cargo que entonces tenía menos importancia y menos atribuciones que ahora— suele centrarse en torno a la figura del presidente de la Cámara y, en su defecto, al del Senado. En aquella ocasión las dos figuras estaban invalidadas: Herriot, presidente de la Cámara, era demasiado anciano —murió poco tiempo después—, y el del Senado, Gaston Monnerville, era mulato y el teórico antirracismo francés no llegaba a permitir que un Presidente de la República fuera de color. La lucha se planteó entre un socialista, Naegelen, y un hombre de extrema derecha, Laniel. Como el «quorum» se demostró imposible, apareció un «tercer hombre»: René Coty, un ilustre desconocido, elegido en la votación número trece. No se puede decir que Coty fuese un genio, pero gobernó bien y honestamente; las burlas y las ironías con que fue recibido se convirtieron, años más tarde, con ocasión de la muerte de su esposa —que durante algún tiempo fue objeto principal de los ataques de los «chansonniers» y de los caricaturistas políticos—, en señal de respeto y devoción. Coty hubiera sido probablemente reelegido Presidente de la República francesa si hubiera tenido ocasión, pero no la tuvo: un golpe de Estado, el del llamado 13 de mayo, le obligó a renunciar a su carrera política. Fue el golpe de Estado que elevó al poder al general De Gaulle.

ESTE año de 1965 va a presenciar las elecciones francesas. No habrá en ellas problema directo, porque se realizarán, por primera vez, mediante el sufragio universal. De Gaulle, que se cuidó, una vez instalado en el poder por el golpe de Estado, de legalizar su situación, de institucionalizarse, obtuvo mediante un fácil referéndum que la Presidencia de la República, dotada de nuevos poderes, durase siete años y no fuese elegida por el Parlamento, sino por votación inorgánica, directa. Se cumplen los siete años en 1965 y, sin duda, De Gaulle será reelegido si no decide él mismo desistir, y no lo hará si su salud no le obliga. Sería ingenuo creer que el problema está resuelto. Desde hace más de dos años no hay en Francia más que intrigas, más que embrollos a la italiana —antes se decía «a la francesa»— para acaparar la posible herencia de la sucesión. Si De Gaulle se retirase, si viniese a morir, si muriese ocupando la Presidencia, el juego volvería a comenzar. Si De Gaulle se mantiene, no le faltará el voto popular: su mayoría está asegurada.

PERO De Gaulle es un hombre excepcional. No se trata ahora de discutir si bueno o malo, útil o no para su país, para Occidente, para la posible unión europea: positiva o negativa, tiene una fuerza innegable. Tiene el carisma del jefe. La idea que deben hacerse los ciudadanos de cualquier país es la de que estas figuras excepcionales, estos Ben Bella, o estos Fidel Castro, son seres raros y poco frecuentes y un país no puede contar con ellos más que por azar o por un fruto de circunstancias curiosamente reunidas que rara vez se repiten. La fuerza de un país no está en sus hombres fundamentales, sino en sus instituciones. No se debe esperar más que de una manera, repito, excepcional, que el hombre que figura a la cabeza del Estado impregne a su pueblo de su mentalidad, de su personalidad, y esto puede ser para bien o puede ser para mal —como, por ejemplo, Stalin o Hitler—; lo lógico, lo propio de nuestro tiempo, es que el dirigente de un país se deje penetrar por las aspiraciones del hombre medio



Por E. HARO
TEGLEN

Saragat,
poco después de
ser elegido.
Un socialista
moderado
—muy
moderado—
va a regir
los destinos de
la nación
italiana.

y sea su genuino representante ante los grupos de presión, el moderador de las distintas fuerzas del país, el rector de los partidos políticos. Un hombre fuerte, como Napoleón, supo prever que no siempre habría en Francia hombres excepcionales para ocupar la cabeza del país, y dotó a la nación de instituciones. El régimen de prefectos y subprefectos de carrera, la Escuela administrativa, los cargos de jefe de Gabinete en los Ministerios, constituyen una espina dorsal democrática de Francia que permite su funcionamiento en los momentos de crisis. Porque hay que pensar, como sin duda lo pensó Napoleón, que las crisis son necesarias y constituyen estadios normales en las vidas de las naciones, como lo constituyen en las vidas humanas. El temor a la crisis puede precipitar a un país en un riesgo aún mayor: el inmovilismo, que casi siempre es baldío.

CLARO está que no podemos caer en el error de considerar las elecciones presidenciales en Italia como un acontecimiento político absolutamente sano; sería tan grave como considerar la institución democrática italiana como podrida. Estas operaciones parlamentarias se prestan a toda clase de maniobras, de juegos, de cruces de intereses, de intercambio de votos. Sin duda, estos males han estado presentes en el comicio italiano, y de forma bien patente. Me es difícil admitir que cualquier otra forma de acceso al poder —salvo en momentos estelares de la Historia— esté exenta de esos mismos males. Presentar, por ejemplo, la institución monárquica como superior a la republicana porque en ella no puede ser elegido el Jefe del Estado mediante «maniobras», es olvidar ingenuamente la sangre vertida en las guerras dinásticas, las debilidades de Reyes no dotados naturalmente para el gobierno; es cerrar los ojos al recuerdo de la Italia fascista de Víctor Manuel o, sin volver los ojos atrás, olvidar los problemas políticos que se presentan en monarquías como la belga, la holandesa o la británica, por sólo citar los más actuales.

UNO de los mitos que hay que barrer, o que me parece a mí necesario superar, es este de que la discusión, el debate, el estudio de varias soluciones posibles para un solo problema, constituyen un mal. El mundo se está poniendo velozmente a la hora del diálogo. Se puede criticar la elección presidencial italiana precisamente por lo que tiene de antidemocrático: los empeños de la «Democracia Cristiana» por dominar el país a toda costa —empeños que han desmoronado ese partido—, los juegos que le tratan de quitar la voz a la mayoría, la decisión al pueblo —como son los sistemas electorales inventados en Francia o en Italia—, la solución a la lógica. Pero siempre sin olvidar que estos males son antidemocráticos. Y que la institución tiene aún suficiente fuerza como para haber podido elegir a Saragat, a pesar de todo.